

La Historia del Arte pierde a Pita Andrade

Ex director del Prado y especialista en Goya y El Greco, falleció a los 87 años

POR JESUSA VEGA

Directora-gerente de la Fundación Lázaro Galdiano

MADRID. Creo que no sólo a mí, sino a todos se nos ha ido un maestro. Aquellos que nos dedicamos a la Historia del Arte sabemos que quien debía escribir estas líneas era José Álvarez Lopera, el discípulo más querido de José Manuel Pita Andrade, cuya inesperada pérdida supuso uno de sus últimos dolores. Formado en el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza, su huella, junto al talante liberal de un demócrata convencido, eran fácilmente reconocibles en «don José Manuel». Y es que siempre nos hablamos de usted. Desde aquella mañana de octubre de 1981, cuando aceptó dirigir mi tesis doctoral, hasta el pasado mes de octubre, cuando fue él quien me devolvió aquella visita en la Fundación, porque quería que estudiáramos un proyecto editorial.

Ese día hablamos de la pasión compartida: Francisco de Goya. Él rememoró a Francisco Javier Sánchez Cantón, su

maestro, quien en su opinión hubiera traído un poco cordura en un momento en el que la actualidad nos tenía desconcertados. Entonces, mirándome muy directamente me dijo: ¿no cree usted que quizás ha llegado el momento de tutearnos?

Hay que destacar su carácter emprendedor, afable y sutilmente irónico; pero también su trayectoria académica y profesional, donde el rigor y la responsabilidad son elocuentes, y su compromiso y respeto con las instituciones y la sociedad; baste recordar su ética y discreción, su austeridad y elegancia.

Coruñés de 1922, se doctoró en Filosofía y Letras en 1947, y se afincó en Granada, donde ha fallecido. Cosmopolita y viajero, amplió estudios en el Institute of Fine Arts en la Universidad de Nueva York, y allí se ocupó y preocupó por el museo como institución al servicio del ciudadano. En consecuencia su vida profesional se desarrolló entre la universidad y los museos.

La cátedra la obtuvo en



Pita Andrade y Sahagún, visitando San Antonio de la Florida

ABC

EXTRAORDINARIA VERTIENTE HUMANA

Con Pita Andrade empezó una transformación pausada, pero firme, en el Prado

Manuela Mena

Jefe de Conservación de Pintura del XVIII del Prado



A José Manuel Pita Andrade, director del Museo del Prado de 1978 a 1981, le tocó la difícil tarea de suceder a don Xavier de Sallas, para muchos, nacido para

el cargo. Un traje de corte indefinible, zapatos de marca nacional, camisa blanca y corbata sin estridencias, marcaban la diferencia, aunque Pita Andrade pertenecía también a la tradición de los directores «con cartera». La suya era grande, de piel negra, repleta de papeles, carente de vanidad, como su propietario, con un toque familiar y descuidado.

Pita Andrade llegó al Prado con modestia, cambiando

Granada por Madrid para hacer compatible su trabajo universitario con el Prado. En realidad, regresaba al Museo, al que ya había servido con Sánchez Cantón, su maestro, pero ahora en un momento delicado, con la transición política al fondo, con una institución que demandaba el cambio largo tiempo diferido.

Con Pita Andrade empezó una transformación pausada, pero firme. Con su cordialidad y capacidad de negocia-

ción consiguió avances definitivos: un presupuesto actualizado, pues había pagado muchas veces de su bolsillo desde los sellos de correos hasta lo que ahora entra con naturalidad en los gastos de representación, la terminación de la climatización, la renovación de las salas, la puesta en marcha del Patronato, la convocatoria de plazas de especialistas, las publicaciones, como el Boletín, los catálogos científicos, y en germen, el inicio del centro de estudios del Prado, interrumpido con su marcha; la revisión sistemática de los depósitos y la política de exposiciones temporales. Como *El arte en la corte de*

los Borbones, y otras inauguradas después de su sonada dimisión, como *Acuarelas de Turner*, *El Greco de Toledo* y *Murillo*, o las que llevaron obras del Prado a la Unión Soviética, Japón e Hispanoamérica. Sólo tres años en la dirección fueron suficientes para determinar el futuro, pero sintió la obligación de dimitir con la llegada del «Guernica» al Prado, cuando el brillo político de su recuperación hizo que algunos no respetaran, a sus ojos, el papel del Museo.

Su saber científico no se puede parangonar con su extraordinaria vertiente humana. No veía a quienes trabajaban con él como máquinas de